

## LA CIUDAD Y EL MUNDO en Mario Briceño Iragorry

Dr. Juan José Barreto González

Universidad de los Andes

Núcleo Rafael Rangel

Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad, tropiezo con  
Trujillo y con su historia  
*Mi infancia y mi pueblo*  
Mario Briceño Iragorry

Se trata de decir “yo”, saber decirlo y conjugarlo en plural para una  
dinámica alternativa de los lenguajes que sepa ubicarse ante las  
realidades, no sólo para desafiar el conocimiento sino nutrirlo de aristas  
capaces de reinvertir determinados presupuestos y rescatar en lo posible  
aquellos discursos étnicos capaces de recuperar su territorialidad  
y desafiar socialmente el modelo de desarrollo cuyos paradigmas  
centrales y problemáticos son una invención de la temprana  
modernidad desde el renacimiento y la ilustración.

*Escritos desde la orilla*

Juan José Barreto

La conciencia tranquila es un invento del demonio  
Albert Schweitzer

La “*parresía*” en Mario Briceño Iragorry (1897-1958) se parece a uno de  
sus más queridos personajes. *Parresía* es una palabra que viene de la  
vieja y lejana Atenas y tiene que ver –dentro de la polis- con la expresión  
simultánea de libertad y franqueza en el lenguaje. Su asociación  
simbólica y espiritual con Andrea de Ledesma es evidente: “Nuestro héroe  
–dice MBI- pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y  
fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa  
del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre que se sacrifica por el  
honor, por la justicia y por la verdad, el símbolo sin patria, porque vive en  
la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de  
afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los  
réditos de ahora, se reserva para vendimiar frutos seruosos, más de  
eficacia perdurable, en los tiempos que vendrán” (*El caballo de Ledesma*,  
2006: 30. Fondo Editorial Arturo Cardozo. Trujillo). Y esos tiempos que  
vendrán son los tiempos que ahora se viven. El Maestro de Trujillo tiene  
por caballo el lenguaje de las verdades y con su “altiva vigilancia”, al igual  
que Ledesma, y con su conciencia intranquila, mira la infancia, la ciudad y  
el mundo para enseñarnos lo que somos como raíz y no como superficie,  
para mirar el hondón de la patria y “volver a la reflexión de lo heroico”  
(ECL:30).

Una de las sentencias fundamentales en la obra de Mario Briceño Iragorry es esta: "Sin Historia no hay pueblo" y opone a este sentido lo disvalioso de la lucha instintiva: "Habrá factoría, habrá empresa, habrá edificios y haciendas y caminos y puentes, pero no habrá nación, ni ciudad, ni pueblo, ni hombres, ni espíritu" ("Pregón" en *Por la Ciudad hacia el Mundo*, 1957. En *Presencia e Imagen de Trujillo*, 1981, p. 100). La vocería desde este sentido ahondado, nos lleva a intentar leer la importancia de la ciudad en diálogo con el mundo abierto, los atributos o cualidades culturales de las ciudades pasando por el lugar o ejido de los principios: la ciudad natal. Predica la unción de la patria chica con la grande, ir pueblo arriba desde la persona-familia: "Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de la Patria total, capaz de abarcar en su seno, los destinos de mil diversos pueblos, si no profundiza su raigambre en la robusta individualidad de la Patria local, en el afecto inmovible al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin, donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia" ("Apología de la ciudad pacífica", Discurso en el Ateneo de Trujillo, 1947. En *Presencia e Imagen de Trujillo*, 1981, p.85).

La cuestión, entonces, se maneja como historia de lo pequeño, de la infancia, de la calle, hilada con la grande historia de los pueblos. Podríamos decir que Mario Briceño Iragorry preconiza la micro historia como fuente y puente hacia la historia humana. El valor de la historia local para abordar la historia de los mil pueblos. De esta forma "El "permanente ontológico" de los pueblos se anuda con su conciencia histórica" ("Pregón", p.100). Unirse a la historia de su pueblo con la pasión del ser a su infancia es la sustancia de este permanente de búsqueda del lugar del sentido. Va ascendiendo de la casa-infancia pasando por la ciudad hasta llegar al mundo. Entre la ciudad y el mundo coloca a la nacionalidad. Veamos:

...la afirmación de los valores nacionales, lejos de impedir la integración del hombre en el orden universal, ayuda a ser más recia la sillería del edificio donde se insertan para una mayor justicia y para una mejor comprensión, las aspiraciones de los pueblos. Para hacer efectivo y vigoroso lo internacional, precisa la existencia clara, definida y consciente de los grupos nacionales. Desde la torre más alta del protector castillo, mejor funcionan las señales que avisan a las ciudades distantes la firme alianza que las une. Cuando la ciudad es más fuerte y está más segura de sí misma, de mejor manera participa en el diálogo anfictiónico. Destruir el valor de las ciudades y reducir la fuerza de las nacionalidades, es negar el sentido personal de los pueblos y prepararlos para el fácil sometimiento al absorbente imperio (Pregón, p. 101).

Tal afirmación de valores para reconocer el poliedro cultural de lo venezolano deberá “mirar hacia zonas donde la reflexión tenga oportunidad de realizarse” (*La hora undécima*, 1956. En Volumen IX, Obras completas, 1990, Ediciones del Congreso de la República, p. 268) para finalmente preguntarse en este libro estelar: “¿Por qué no pensar que la hora undécima corresponde en el cuadrante de posibilidades, al tiempo propicio para que un “aire de primavera” asegure nuestra cabal realización en el plano de la inteligencia, de la libertad y la gracia?...” (1990, p.268). Postula así un momento feliz, de allí la gracia referida, en la superación de la escisión o divorcio “entre la vida teórica y la vida práctica” lograda por los que va a llamar “los hombres buenos” en el referido plano como condición suprema para ese aire primaveral: “Estos hombres buenos –dice- no necesitan que se les señale el articulado que sanciona en el orden externo una acción incorrecta, para, ante el temor, dejar de realizarla. Estos hombres cumplen su deber sin pensar ni en penas ni en premios” (*HU*, 1990, p, 223). La responsabilidad de un destino exige la actitud libre pensadora de los hombres buenos. Así podemos sintetizar la condición ética y de compromiso de Mario Briceño Iragorry para “mirar la razón de gran parte de nuestras dolencias sociales” (*HU*, p. 218) exigiendo la urgencia de “dar un nuevo sentido a la Universidad para que pueda realizar su indesviable quehacer en el marco de una fecunda crítica constructiva. La cultura de superficie ha sido y sigue siendo nuestro fardo más pesado” (*HU*, p.p. 218-19). Esta cultura de superficie, este fardo de peso que nos hunde se incuba en la ausencia de un sistema de deberes, ausencia que llama a partir de *Mensaje sin Destino* (1951) “crisis de pueblo”. Su tesis acá es la siguiente: los valores tradicionales, construidos desde la ciudad colonial, donde se generó el proceso de independencia, entre otras cosas, no fueron sustituidos por un nuevo sistema de deberes sino que se preparó “la desoladora avenida que acabó con todo” (*HU*, p. 217). Entonces, expresa angustiado, cae a tierra “todo lo valioso que debió mantenerse de la edad antigua. El rococó finisecular es testimonio elocuente de la crisis de acomodamiento que se produjo en el rumbo del progreso de las instituciones nacionales y en el modo de realizarse la propia convivencia del pueblo” (*HU*, p. 211). En párrafo seguido es donde nos habla de la cultura como edificio sin primer piso, inspirado en una fotografía de un edificio de siete plantas en una barriada de la ciudad de Caracas publicada por un diario de Madrid. Toma la fotografía como un “resumen simbólico de lo que ha venido siendo nuestra cultura de última data. Como pueblo y como individuos carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire” (*HU*, p. 211).

“Hemos sido alegremente montados al aire” es una oración contundente. Su designio concentra dos fuerzas reunidas y dispersas a lo largo de nuestra cultura: la historia y la memoria. Insisto en que la tesis de Don Mario es que la modernidad se propicia sobre el vaciado de la tradición y sin un sistema de deberes previo. En otra parte he llamado a este

fenómeno esquizofrenia imitadora. Quisimos ser otros sin saber responder la pregunta aquélla de ¿De dónde venimos?. No hemos sabido mirar los que nos viene de afuera sin comprender las leyes de nuestro mundo de adentro. Una reflexión oportuna para aquella época no ha perdido ningún sentido de su candidez, pasando por la interrogante puntual sobre el papel de la Universidad y su ética condición de formar hombres buenos (“¿Se vive en nuestra Universidad un clima ético que le permite cumplir su clásica misión de unir y de levantar la condición humana?”, HU: 226), llevando la reflexión a un tema poco abordado, el problema del poder. Sugiere el maestro a los jóvenes y a los venezolanos para su identidad colectiva los siguientes razonamientos:

...al estímulo de la vocación de Poder urge anteponer el estímulo de una vocación de resistir los males del Poder. La fácil palabrería del ataque inútil, dentro del esfuerzo endeble de la venenosa demagogia, reclama ser sustituida por una metódica reflexión sobre los alcances creadores y unitivos de lo humano.

(...)

Ya he asentado que ser venezolano no es ser alegre vendedor de hierro y de petróleo. Menos aún, ser comprador de cuántos automóviles perfecciona la industria de Detroit. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. ¿Cuál es ese rango? ¿Hacia dónde apunta la intencionalidad creadora de lo venezolano?... En el orden de la Historia sería necesario descombrar las capas que se han venido sucediendo desde los comienzos de nuestra vida civil (HU: 230).

Briceño Iragorry observa la alquimia y el sustrato de la sangre y espíritu americano. Venimos del hondón de la Historia, por ello, “es de imperio comenzar a buscar en aquella realidad los elementos que ayuden a fijar los perfiles esquemáticos de una posible teoría de lo venezolano” (HU: 231) para sentenciar con su vehemencia pesada como piedra de molino: “En el campo de la Historia de los pueblos es imposible futurizar sin juzgar el alcance y la dimensión de los futuros que ya fueron” (232). Ese largo proceso lo condensa en otra frase estupenda ya en unos de sus artículos donde nos muestra el papel de la Universidad de Salamanca y al padre Vitoria con sus alegatos teológicos en defensa de los indios: “La espada del conquistador terminó por convertirse en la espada de los libertadores. El mismo metal batido para forjar las armas que sojuzgaron al Nuevo Mundo, se hicieron más tarde los sables que rompieron la dependencia colonial” (“Salamanca y América”, 1953, en Obras Completas, Vol. 9, 1990, p. 64). Pero, con la talla valiente de su lenguaje cual Ledesma en su caballo histórico, sentencia en otra parte: “Se hicieron a un lado los elevados principios donde afincó el esfuerzo constructivo de los hombres antiguos y se tomó como finalidad de acción la inmediata complacencia de apetitos subalternos. Pronto se llegó por esta vía traviesa a destruir en la propia área de nuestro suelo la independencia ganada con ciclópeo

esfuerzo por los héroes de la epopeya libertadora. Quedó el esqueleto formal de la República, mientras su interior era destruido por el comején entreguista y por la farándula que mintió un bienestar, para cuyo logro se sacrificaba la dignidad de los pueblos” (“El colonialismo americano”, 1953, en Obras Completas, Vol. 9, 1990, p. 143).

Acá se evidencia uno de los fundamentos en la obra de MBI. La continuidad creadora de la historia, el sentido de su continuidad para verla desde el hondón de la patria hasta el futuro por suceder. En ello propone lo que llama la *coetaneidad* creadora y no es más que traer la historia a mi cotidianidad y comprenderla viviéndola (*Hora Undécima*, 1958). Digo en *Escritos desde la orilla*: “Este concepto clave de *coetaneidad creadora* entre los hombres cargados de la fuerza de los ejemplos y nosotros adquiere un sentido cualificador de la conciencia del pensador trujillano, para practicar su condición en una vida capaz de superar la “civilización fracasada” del capitalismo donde los grandes valores cristianos que profesa han sido desamparados por una Iglesia desligada que finge su espiritualidad. Esta condición de *coetaneidad* involucra todos los módulos culturales de lo venezolano que han sido desarticulados por paradigmas dominantes que contribuyen a la cultura de lo superficial fundamentada en el consumismo y el individualismo. “La marcha del hombre venezolano ha desembocado en ciega carrera hacia el provecho material” (MBI, 1988:231) y “Traslada a lo material todo lo que significa belleza y placer” (MBI, 1988:233) y de esta manera “la coscuspencia de lo momentáneo” tiende a dominar la escena de la cotidianidad” (*Escritos desde la orilla*, 2012, p.61).

Frente a la ceguera de algunos procura la Historia sin *hiatos*. En *Mensaje sin Destino* (1951) ha dicho:

El *hiato*, para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional todo elemento humano de continuidad. En Historia, lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En Historia no hay cesura, su ley es la continuidad (*Mensaje sin Destino*. En *Pasión Venezolana*, 1954, Edime, p.111).

Bajo esta ley de la continuidad se construye la hondura, la cultura de las raíces que forman el macizo cultural de los pueblos. Frente a ella ha insurgido la cultura de la superficie, la petrolera, forma letal denunciada en *Mi infancia y mi pueblo*: “Una cultura sin espíritu, con que se ha roto la antiquísima tradición del fuego sagrado, que sirvió de origen a muchas religiones. La llama de la vieja hoguera fue vista por los ojos asortos del hombre primitivo como la propia forma de un dios poderoso. Nuestros

indios Guaiqueríes tuvieron a su vez la visión del petróleo como la de estiércol del Diablo. Stercus de moni, dice Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*. Exactamente, un valor adivinatorio que nos vino, sin haberlo sabido aprovechar, del sub-mundo aborigen. Por eso, toda su política entreguista emana un mal olor social (*Mi infancia y mi pueblo*, Fondo Editorial Arturo Cardozo, 2007, p.52). Por ello, en *Escritos desde la Orilla* (2012), sostengo que “Ir y venir con la historia para hacernos coetáneos y creadores frente a ella. Sin conciencia como comunidad histórica fácilmente nos hemos desbarrancado por el abismo de la desmemoria y la copia a los poderosos del mundo. La cultura de la superficie ha denegado de lo inmortal, ese fuego primitivo que podría ser recreado en la construcción trascendental de un pensamiento con contornos precisos y capaz del diálogo tenaz y sincero con las alteridades para introducir los nuevos elementos dinamizadores que permitan llenar la vida colectiva con la impronta libertaria y fogosa de los que nos dio vida como patria”.

Entonces, nuestro pensador denuncia nuestra carencia fundamental “como factor primordial de crisis” (de crisis de pueblo). La falta de continuidad histórica la plantea rotundamente en *Mensaje sin Destino* y convoca al diálogo abierto con la Tradición como “savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones” (*MSD*, 114, Edime):

Mas no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierte a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla no crecerán para lo porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden al perfeccionamiento del legado transmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso (*MSD*, 1951. En *Pasión Venezolana*, 1954, p.114).

La *coetaneidad* supone entonces un diálogo abierto con la tradición de un pueblo culturalmente visto desde sí mismo. La extraordinaria vista intelectual de MBI le permite la sensibilidad, la libertad y el lenguaje profundo para interpretar una teoría de lo venezolano. Su “parresía” rotunda mira distintos cuadros de nuestra cultura. Mira la infancia, su casa, su ciudad, su patria y la sumatoria de pueblos buscando la patria arriba, la vida misma de los pueblos. Clama con su voz multicolor: “Por eso, sin conciencia histórica no hay (...) sensibilidad para distinguir lo que atente contra los intereses colectivos” (*MSD*, 115). Finalmente, debo recordar su magnífico símil sobre el poder de la Tradición: “Ella es como voces de muertos que asustan a los intrusos y salvan la integridad de los

dominios nacionales. Nosotros, por no poseer una tradición vigorosa, carecemos de la fuerza mágica que pueda poner en espantada a los filibusteros que vienen destruyendo, con ayuda doméstica, el vigor económico, el vigor político y el vigor moral de la patria venezolana” (“El sentido de la tradición”, 1951. En *Páginas*, 1989, p.p. 23-4).

Busca la tradición con conciencia histórica, propone un “mal de pensar” como diría Domingo Miliani. La felicidad de encontrarse con las raíces lo colocan en la historia del pensamiento como un hombre excesivamente venezolano. Trujillo es su fuente nutricia. De su evocación a su pueblo, de la Carta Primera de *Mi infancia y mi pueblo* leemos para cerrar esta propuesta de coetaneidad creadora de historia de familia, de pueblo y ciudad, de nacionalidad y mundo:

Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo, al lado de mi madre. Ella me hizo amar a la vida y me enseñó a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material. Todo ese idealismo de que usted y muchos amigos me motejan, lo debo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de muy buena memoria, recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde, nos habló de que el hombre vale por sus actos y no por la monta de sus bienes. Me vio en cierta oportunidad triste porque mi vestido estaba viejo y mis compañeros de colegio, como eran días de Pascuas, estrenaban traje. Ella disimuló mi tristeza e hizo caer la conversación sobre lo poco que valían los vestidos cuando los estudiantes no alcanzaban buenas calificaciones en los exámenes. “Tu traje viejo –me agregó- se me hace nuevo y brillante cuando recuerdo que figuras entre los primeros de tu clase”.

Todo ese idealismo vale la pena conocerlo y vivirlo en la práctica teórica de un pueblo que ya se sabe mirar y decir a sí mismo.

¡Muchas Gracias!